

ILUSIÓN

El telón se abrió con fuerza. El público aplaudía con entusiasmo y los focos iluminaban el suelo de madera de roble, por el que caminaban unos zapatos de charol negros. Una sonrisa radiante saludó a la multitud, hasta que los aplausos cesaron. Haciendo un ademán con la mano, hizo su capa negra deslizarse por el suelo y una joven alta y vestida con un largo vestido negro de noche con escote apareció en un extremo del escenario. Sus labios rojos se giraron esbozando una amplia sonrisa, mientras caminaba hacia el hombre que la esperaba en el centro del tablado.

-Buenas noches, damas y caballeros.

El ambiente estaba justo como Robert esperaba: la gente miraba extasiada y con ganas de saber con qué iba a ser fascinada esa noche. Pagaban por ser confundidos, por ver como algo pasaba delante de sus narices sin que ellos se dieran cuenta. Era una sensación que le llenaba las venas de adrenalina.

-En esta velada tan fantástica, hoy, la noche de San Valentín, quiero proponerles un reto.

Como siempre, contó veinte segundos de pausa, y prosiguió su discurso.

-Una vez me contaron que Valentín fue un mártir que murió por su amada y aquello me hizo pensar, que quizás alguno de ustedes estaría dispuesto a someterse al mismo trato que el santo por su querida esposa... O amante.

Una carcajada general inundó la estancia. Justo después, haría la rutinaria pregunta.

-¿Algún voluntario?

El silencio se apoderó de la sala. Unos segundos después, un cincuentón se levantó de su silla de terciopelo rojo y se dirigió al escenario con paso rápido.

Subió las escaleras como lo hace un actor cuando va a recibir un Oscar: de dos en dos y con la cabeza agachada, sabiendo que a continuación una oleada de aplausos le abrumará.

-¡Y aquí tenemos a nuestro Romeo! Diga su nombre, por favor.

La azafata le tendió un micrófono inalámbrico, cuyo mango era dorado.

-Mi nombre es Walker, Sam Walker.

Robert hizo su habitual “análisis del voluntario”; todos los que salían al escenario tenían siempre una segunda razón para hacerlo, que normalmente siempre solía ser la misma: el miedo a ser reemplazado por alguien mejor que ellos: más joven, más rico, menos aburrido... “Jugarse la vida” era una manera de llamar la atención, no era como suicidarse, pero para la pareja era algo parecido debido a que sus trucos ponían en tensión a todo el público.

Este individuo no parecía muy mayor, de hecho, hasta se había fijado que Marina, su azafata, estaba observándole con un ligero brillo en los ojos. Uno ochenta, de unos cuarenta años, ojos azules, pelo castaño claro y compleción atlética. Probablemente comercial, empresario, directivo. Puesto que incluyera viajar a menudo.

-Bien, Sam. ¿Preparado para el desafío?

Una amplia sonrisa dejó entrever una dentadura perfecta, blanca y brillante.

-Tu acompañante debe estar un poco nerviosa, ¿no crees?

Robert dirigió la mirada donde se había posado el foco que mostraba a la pareja del voluntario.

Una mujer de pelo negro y ojos verdes que estaba sentada no muy lejos del escenario sonreía a Walker. Sus facciones eran finas y sus labios pintados de rojo carmesí hacían una combinación perfecta.

Walker era un hombre con suerte, definitivamente.

-¿Cómo se llama su acompañante, Sam?

Jamás llamaba por el apellido a sus espectadores; en el escenario era él el que marcaba las reglas y ellos de manera inconsciente lo sabían.

-Rebecca.

Robert sonrió, y dirigiéndose a ella, dijo:

-Bueno, señorita, espero que no sufra mucho durante el espectáculo.

Acto seguido, guiñó un ojo cuando se aseguró que Rebecca le miraba.

Marina trajo un ataúd negro y plateado sostenido por una percha que lo mantenía de pie. Era el truco más asombroso visualmente, pero más sencillo de realizar.

Robert hizo un ademán de que Walker se metiera en él, mientras su azafata traía unas espadas y unos clavos del tamaño de un brazo.

-Ahora, ya que Sam no nos escucha, les contaré en qué consiste el desafío al que este pobre hombre se somete:

<<Introduciremos este ataúd en un tanque lleno de agua donde colocaremos algunos animales venenosos, como pirañas y morenas. Previamente le clavaremos estas espadas y clavos en diferentes puntos de la superficie de la caja>>.

Diez minutos después, el público aguantaba la respiración viendo como tres morenas y cinco pirañas se peleaban dentro del líquido que envolvía al agujereado tanque.

Cinco minutos más tarde, Walker salía de la caja con el pelo ligeramente mojado y una sonrisa algo forzada, aunque bastante natural. Rebecca sonreía con orgullo mientras la multitud aplaudía al mago y al valiente Romeo.

-Muchas gracias, Sam. Este truco ha sido bastante tenso para todos, me parece... ¿No es así?

La gente dijo un "sí" largo y algo apagado.

Poco más tarde, Robert estaba en su camerino hablando con Marina. Mientras ella se cambiaba de ropa, él ponía en orden sus pertenencias y recogía restos de los trucos de la otra noche. Un conejo salió de una caja de cartón y la chica se sobresaltó.

-Siempre igual, Rob. ¿Cuántas veces te he dicho que no cojas a Mr. Whiskers? Sé que la otra noche te lo dio Adam, sé que no le gusta... Pero podrías al menos haberme avisado.

Robert sonreía burlonamente a la vez que le ayudaba a ponerse el abrigo.

-Lo siento-dijo, aunque al final se le escapó una carcajada.

Marina se giró bruscamente y se quedó mirándole con expresión ceñuda.

-Vale, vale-Robert supo que su paciencia estaba a un paso de terminarse-. La próxima vez te dejaré una nota que diga: "Marina, Adam me ha dado por enésima vez tu conejo. Me lo llevo a la actuación de esta noche, aunque ya le verás. Un beso."

Marina se rio, pero acto seguido su semblante volvió a una actitud mucho más seria.

-La última vez. Ya lo sabes.

Y se marchó.

Robert siguió colocando las cajas durante una media hora, hasta que oyó unos golpecitos en la puerta.

-Sigo aquí, no me ha dado todavía tiempo a colocar todo el inventario.

Una carcajada femenina muy musical inundó el camerino.

-Mira, Marina, sé que antes entrar y salir de tu casa era lo normal; eran otros tiempos. Entiendo que no te haga mucha gracia que esté siempre yendo y viniendo, pero no es fácil para mí olvidar una costumbre tan rápido, ya me conoces.

-Yo pensaba que sí eras de los que olvidan fácilmente.

Robert no reconocía aquella voz. Se dio la vuelta, y allí estaba.

-Ya sabes mi nombre, bueno señor McKenzie...

Rebecca.

-Llámame Robert, si quieres.

La mujer sonrió y se sentó en una de las sillas donde se maquillaba Marina.

-Tengo poco tiempo porque mi marido piensa que estoy en el baño retocándome, así que seré breve-y haciendo una pausa dijo-... Robert.

El hombre la miró con curiosidad y esperó su continuación.

-¿Conoces el Café Diamante? Imagino que sí. De todos modos, no hay dos en la ciudad. Te espero en el reservado a las diez y media de la mañana. Si tienes problemas para entrar, díles que vienes de parte de Rebecca Moreau.

Tras pronunciar estas palabras, se levantó y se fue.

Robert intentó seguir colocando las cajas, pero aquella mujer no paraba de aparecer en sus pensamientos. ¿Qué querría de él? Era buen mago, quizás el mejor de toda la ciudad, ¿pero de qué le podía servir a ella?

A la mañana siguiente, se despertó poco antes de las nueve y se quedó en la cama imaginando qué podría pasar hoy en el Café. Esa cafetería era frecuentada por las fortunas

más oscuras de la zona, además de ser uno de los sitios menos accesibles de la ciudad. Estaba en la torre más alta del centro financiero, en un piso que giraba con la luz solar, lo que hacía que cambiara la luz de las salas.

Tardó veinte minutos en llegar. Llevaba un jersey de lana con cuello de color negro, unos pitillos de vestir grises y un abrigo de paño en un tono gris más oscuro. El portero del Café le miró de arriba abajo, pero le dejó pasar.

Al fondo de la sala, estaba Rebecca, que le miraba mientras sorbía un Martini. Llevaba un jersey de color negro de media manga y una falda de talle alto en el mismo color hasta las rodillas, conjuntada con unos zapatos de salón de piel negros.

-Buenos días, Robert. Me alegro de que aceptarás la invitación.

Con un leve cabeceo le hizo ver que no entendía las razones de dicha invitación.

-¿Quieres algo?

-Un café solo, por favor.

Rebecca hizo una seña al camarero, que rápidamente trajo su petición.

-Bien. Sé que ayer fue un poco peliculera mi aparición, pero ahora entenderás mis razones.

La gente reía, gritaba, cantaba a la vez que las canciones que una DJ pelirroja de unos veintidós años remasterizaba en una mesa de mezclas. Un grupo de cinco hombres abrían varias botellas de champán mientras unas chicas mucho más jóvenes que ellos emitían ahogados grititos cuando los corchos salían despedidos.

Robert miraba a su interlocutora entre sorprendido y extasiado. Sus palabras eran música para sus oídos.

-... dentro de treinta días, ¿de acuerdo? Confío en ti, ya lo sabes-dijo guiñándole un ojo, exactamente que igual hizo él doce horas antes.

Un mes después...

Las puertas del Pacific Merchant Bank se abrían y cerraban sin cesar. Los hombres trajeados sujetando maletines eran los habitantes de aquel centenario edificio. Había

sobrevivido a las dos guerras mundiales y a la guerra civil, conservando prácticamente intactos los cristales originales.

Un hombre con un traje azul oscuro y con una corbata de color verde azulado con dibujos en azul marino y un maletín marrón entró por la puerta giratoria central. Se dirigió por el marmolado suelo al mostrador izquierdo, donde un cartel rezaba “créditos”.

-Buenos días, señor. ¿Qué desea?

Sacando un reloj de bolsillo plateado y colocándolo delante de la mujer, dijo:

-Perdone esta pregunta tan absurda, ¿pero usted cree que lo llevo en hora?

Lo movió de izquierda a derecha rápidamente, y la mujer pestañeó.

Dos minutos.

“Perfecto”, pensó.

Un humo empezó a llenar el amplio atrio y la alarma de incendios activó el protocolo de las mangueras automáticas laterales, además de inundar el suelo desde las salidas de agua subterráneas.

Seis minutos.

El hombre corrió hasta una puerta que se encontraba al fondo de la sala, donde unos brazos amontonaban bolsas repletas de dinero.

Diez minutos.

-Vamos un poco mal de tiempo-le recordó el hombre.

-Sé perfectamente que debería haber estado abajo los cinco minutos acordados, pero el policía era diferente al que habíamos previsto.-una voz femenina contestó irritada-¡Un minuto he tardado en solventar el imprevisto...!

La pareja se dirigió al sótano, donde una puerta trasera estaba abierta. Un hombre uniformado yacía en el suelo con dos tiros en la espalda.

-Dijimos que no iba a haber muertos-la voz masculina se tensó.

-Lo sé, pero como te he dicho, ha sido un “imprevisto”.

Subieron a un todoterreno con las lunas tintadas y la mujer apretó el acelerador con fuerza. Tomaron una salida que conducía al puente que conectaba los dos distritos más grandes de la ciudad, y condujeron hasta que el sol se puso.

Estaban bastante lejos de la ciudad, con diez millones de dólares en metálico en medio de la carretera más larga del país. Las luces iluminaban los laterales de la carretera y los coches quedaban en el carril contiguo; su velocidad era muy superior a la permitida.

El hombre miraba un punto fijo en la carretera. ¿Qué había hecho? Se acababa de convertir en un proscrito, un delincuente, un ladrón de bancos... Y todo por la mujer que apretaba los pedales alternativamente con furia. La adrenalina corría por sus venas, pero también el miedo a ser descubiertos.

Los ojos azules se posaron sobre la figura femenina.

-¿Qué hacemos ahora? ¿Dallas, como planeamos?

El coche frenó en seco delante del puente de Saint-Severus, cerca de un pequeño pueblo costero.

-Baja-dijo la mujer-. Ahora.

El hombre se quedó perplejo, pero obedeció su petición y posó su pie en la gravilla del asfalto ya viejo. Podía sentir la brisa marina moviendo su pelo con suavidad y el frío que traía la noche consigo.

Miró a la mujer, que le sonreía con amargura desde la ventanilla donde hace pocos segundos estaba sentado.

-Mira... Sé que no es lo acordado, pero creo que debemos esperar un tiempo aquí. Me ha parecido ver que el detector ha encontrado un coche que nos sigue. Escondo un poco más delante el coche y nos sentamos en el borde del puente a esperar si alguien o algo nos ha descubierto. Será menos de una hora, prometido.

La mujer dio media vuelta, y pisando el acelerador, el todoterreno se perdió en la oscuridad del pequeño bosque que envolvía la carretera comarcal.

Unos minutos después, una figura femenina apareció detrás de un abeto.

El hombre observó con curiosidad como se subía al borde del puente, que tenía cerca de dos metros de altura.

Con la agilidad de un gato, se encaramó a la piedra semicircular y se sentó con comodidad. No dijo nada, se limitó a girarse y colocar sus piernas en la parte descubierta, donde podía ver a la perfección el paisaje, sintiendo como el agua corría a doce metros debajo de sus pies.

-Cuando tenía seis años, mi abuelo me traía todos los domingos aquí. Yo hacía equilibrios encima del puente, mientras él se reía, aunque me miraba preocupado. Mi piel se ponía tensa por el frío y mi pelo se encrespaba con la brisa. Era uno de esos pocos momentos en la vida en los que me he sentido infinita...

Apoyó la cabeza en el hombro de su acompañante y un brazo rodeando su cintura.

-Gracias por ayudarme a hacer esto...-dijo en voz baja.

El hombre notó más presión en su cintura.

-...Pero creo que ahora puedo seguir sola.

En un abrazo asfixiante el hombre perdió el equilibrio y cayó de cabeza al agua.

Fueron doce metros de angustiosa espera, sabiendo que el choque contra la piedra del fondo del río sería mortal. Notó como su cuerpo chocaba contra la superficie del agua, como el traje comenzaba a pesarle y como sus fosas nasales se llenaban de fría agua.

No llegó a tocar fondo. Se quedó suspendido en la inmensidad de la masa de agua que le rodeaba. No entendía qué estaba pasando. Recordaba el olor a rosas de la mujer que hacía escasos segundos estaba a su lado, como sus ojos verdes se habían quedado mirando los suyos, notaba todavía esa electricidad...

Movió los brazos en un intento de subir a la superficie.

Este momento le recordaba a un truco: tras haber estado durante tres minutos quitándose cadenas y varios candados, debía abrir una portezuela superior en menos de treinta segundos. Si lo conseguía vivía.

Su cabeza rompió el paso tranquilo y perfecto del agua por su caudal. Respiró el aire helado, que le congeló los pulmones. Nadó hasta una orilla cercana y se sentó en la tierra mojada.

Se quitó el traje y la camisa, que estaban completamente empapados. Los mocasines de piel se habían roto, por lo que repitió la misma operación. Los colocó en las ramas de un

árbol cercano y decidió usar su mechero para encender unas hojas que colocaría encima de un poco de leña que había debajo del improvisado tendedero.

En poco tiempo, había un pequeño fuego en la orilla izquierda del río Madison. El hombre se volvió a sentar, esta vez cerca de la hoguera.

No entendía qué había pasado. ¿Ella le había tirado? ¿Por qué? Las palabras que le había dicho unas semanas antes no prometían este final.

* * *

-Te preguntarás el porqué de esta cita, imagino. Sé que no me conoces, pero yo sí lo sé todo de ti.

Y haciendo una breve pausa, comenzó su explicación.

>> Te llamas Robert Edward McKenzie. Tu familia proviene de Louisiana, donde te criaste hasta los catorce años. Después, tu madre murió a los pocos meses de tu decimoquinto cumpleaños. Tu padre nunca lo superó del todo, por lo que encomendó tu educación a una mujer llamada Martha. A los dos años se casaron y tú entraste en la universidad.

Nunca te gustó la carrera de derecho, pero temías deprimir más a tu padre de lo que ya estaba desde hacía tres años. En tus ratos libres, seguías jugando con un juego de mesa llamado Magic Changes. Siempre te había gustado ese juego: te lo regaló tu madre en el último cumpleaños que pasó contigo. Eran una serie de instrucciones con las que podías crear trucos de magia simples. Pero con diecinueve años ya te los sabías de memoria. Decidiste comprarte otro juego de magia en la tienda que los vendía en un barrio cercano al de tu universidad. Allí conociste a tu ayudante, ¿no? Marina, creo. Empezasteis a salir a los cuatro meses de haber comprado el kit de mago amateur.

Montabas pequeños espectáculos en la universidad. Un amigo tuyo tenía un bar en el centro y te ofreció la oportunidad de actuar un viernes por la noche. Llevabas el traje de tu graduación del instituto, si no me equivoco. Hiciste un show increíble, si te soy sincera. La gente se levantó asombrada sin parar de aplaudiros a ti y a Marina.

A partir de ese momento, todo fue una sucesión de éxitos: habiendo dejado ya la universidad, te dedicabas a algo que de verdad te gustaba, salías con la chica más inteligente que habías conocido, tenías un puesto fijo en el Sambath Royal Plaza y podías

permitirte comprarte una casa en uno de los mejores distritos de la ciudad. Todo era perfecto.

En cada truco que hacías recordabas a tu madre; le agradecías todo lo que te estaba pasando.

Pero como todo, nada es para siempre... Marina volvió a su ciudad natal, donde se reencontró con su ex-prometido. Te dejó cuando volvió, aunque seguís siendo amigos y compañeros.

Robert miraba a Rebecca perplejo y algo asustado. Sabía cosas de él que ni siquiera había hablado con Marina.

-En el fondo, echas de menos un poco de chispa en tu vida... Y ahí es donde yo quiero ayudarte.

>>Mi marido Sam es comercial. Casi no está en casa, y sinceramente, también echo en falta algo de diversión. Si hacemos un buen equipo y nos organizamos, creo que puede salir bien.

A continuación, explicó su "idea":

Quería robar el banco más importante de la zona oeste, con su ayuda. Él solo tenía que crear las ilusiones necesarias y confundir al personal. Sería un gran truco de magia, de grandes dimensiones, recordado en la historia como el robo más magnífico de todos los tiempos.

Ella se encargaría de entrar en la caja fuerte y coger el dinero. No se trataba de conseguir mucha riqueza, era el hecho de cometerlo y salir indemnes su más preciado premio.

-¿Y cómo salimos?-preguntó el mago.

Rebecca sonrió.

-Otra ilusión. Sé que sabrás improvisar en este tiempo alguna.

* * *

Caminaba por la calzada, intentando hacer auto-stop. Por fin, un coche verde oscuro se detuvo a su lado.

-¿A dónde vas?

Robert miró al hombre de unos sesenta años que le miraba algo receloso.

-Voy a la ciudad, al distrito de Delft.

Media hora después, tras haber escuchado en la radio el partido de béisbol más decisivo de la temporada, el coche se detuvo frente a su casa.

-Muchas gracias, espero que tenga un muy buen día, señor.

El hombre sonrió. Su equipo había ganado la liga.

Subió los escalones del vestíbulo con cansancio. Había sido una tarde llena de emociones.

-Buenas noches, Paris.

Su portero le saludó desde el otro lado del mostrador de recepción. El ascensor abrió las puertas de cristal y acero para dejarle pasar. La subida hasta el décimo piso se le hizo eterna.

Abrió la puerta de su casa. Le esperaba una estancia con una temperatura perfecta, regulada diariamente en función del tiempo exterior. Un sobre que llevaba su nombre esperaba ser abierto encima de la mesa de cristal del salón.

Lo abrió poco a poco, con cuidado de no rasgar el envoltorio. Un perfume de rosas le embriagó.

“Querido Robert,

Sé que acabarás de llegar a casa ahora mismo, y probablemente estés algo empapado. Siento el numerito, pero era la única forma de que desapareciera la ilusión que habías creado.

Sí, ilusión. El amor, el deseo, la emoción,... todo son ilusiones. Tú pensabas que yo era una persona diferente, creo que incluso mejor que Marina. No pienses nunca con la mente, piensa a través de la realidad. Yo soy como cualquier otra persona, me intereso por mí. Al igual que tú por ti mismo cuando pretendías salir conmigo en un futuro.

El dinero me lo llevaré a una casa que tenemos Sam y yo en la campiña italiana, junto con el que él consiga con la venta de varios cuadros del Louvre. Somos falsificadores internacionales, ilusionistas profesionales. La gente solo ve lo que quiere ver, al igual que tú.

Te preguntará cómo supe tanto de ti. Bien, como ya te he dicho, me gusta engañar. Me colé en la comisaría central, donde, tras dar mi número (falso) a un agente, me dejó amablemente mirar tu expediente.

Los demás detalles se los pregunté a mi tía abuela, Martha.

Espero que no te importe el pequeño truco de magia que he construido a tu alrededor, pero recuerda, que siempre puedes pensar que fue una ilusión. Nunca robaste el banco, solo pensaste que lo hacías.

Ojalá encuentres a alguien que juegue a no engañarte ni ilusionarte,

Rebecca”

Robert rompió la carta, y abriendo la ventana central de la sala, la tiró hecha en mil pedazos.

Se sentó en el sofá de piel blanca y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, los trocitos de papel habían desaparecido, al igual que el sobre.

Sin Marina, sin su madre, sin su familia, sin Rebecca.

¿Quién le quedaba?

Llamaron al timbre.

-¡No estoy!

Volvieron a llamar a la puerta.

Robert se levantó y fue con pasos rápidos al vestíbulo. Abrió, y una sombra se deslizó dentro.

-¡Eh! ¿Qué haces?

La sombra se volvió a mover hasta colocarse a escasos centímetros de su cara.

-Hola, Robert.

La voz femenina estaba cada vez más cerca, notaba ya hasta su aliento. La mujer le dio un suave beso, y acto seguido, no dando tiempo al joven a reaccionar, se colocó en el umbral de la puerta.

-Recuerda que solo ha sido una ilusión.

Unos ojos verdes le dedicaron una rápida mirada, y sonriéndole divertida, la mujer desapareció.